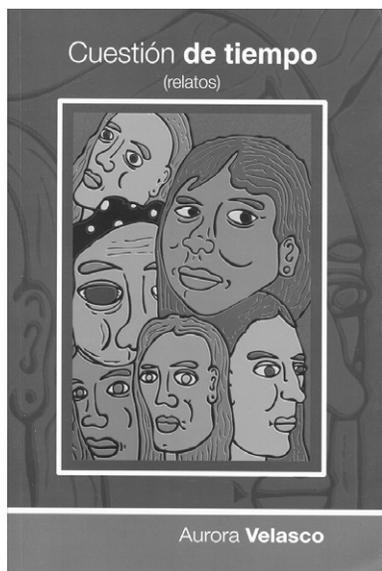


Presentación del libro *Cuestión de tiempo*, de Aurora Velasco Aceves

CARMEN VILLORO*



Cuestión de tiempo, Aurora Velasco, Grupo editorial La otra banda, Querétaro, (2015). Segunda edición (2018), Amateditorial.

*Carmen Villoro
Psicoanalista titular
en función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara

carmenvilloro@yahoo.com.mx

Querida Aurora:

Te escribo esta presentación a manera de carta porque tú y yo somos de una época en que las cosas importantes se decían por carta. A veces, ni siquiera en persona tenía uno la confianza y el tiempo para explayarse en reflexiones que luego podía abordar largamente en el papel. En nuestra juventud no existía el *e-mail*, así es que uno esperaba el sobre del correo durante varios días y eso le otorgaba cierta magia: venía de la distancia, cruzaba territorios inimaginables, llevaba en su interior un manuscrito elaborado con la tinta del afecto. Ya sus pequeños sellos ilustrados revelaban el re-

mitente y el destinatario, y el corazón latía ante el encuentro. Amigos, padres, novios, abuelitos, se mandaban cartas. Mi madre me regaló, a últimas fechas, un manojito de cartas familiares que guardó durante muchos años: un tesoro.

Quizá se me antojó escribirte esta carta, Aurora, porque en las miradas se guardan las cosas de la vida y las cosas del tiempo. Y eso mismo has hecho que suceda en tu libro: en él has guardado las historias de treinta y dos mujeres, un pedazo de tiempo-vida que nos comunica una experiencia emocional. La frase *Cuestión de tiempo* con la que titulas tus relatos nos anuncia que algo pasará en el desenlace de los acontecimientos, pero también nos habla de la esencia de la vida interior, de la materia con la que están hechos nuestros sueños. “Somos tiempo”, dijo el poeta Octavio Paz, la vivencia subjetiva se experimenta como cuestión de tiempo, la vida es ese transitar de la sangre en las arterias, a veces más rápido, a veces más lento, y que también algunas veces se detiene, lo detienen la muerte y el amor.

Entré con muchas ganas en tu libro y me encontré con la sensible narradora que conocí en tus libros anteriores. Los primeros cuentos de este nuevo compendio se desarrollan en el ámbito rural. Lucía,

María Nahual, Lidia, Pascuala, Rosa, Marcela, Casilda y Larisa son mujeres de campo o de pueblo. Sufren marginación, pobreza, ignorancia, pero, sobre todo, soledad. El marido y los hijos de Lucía ni siquiera se dan cuenta de lo que ella hace hasta que lo deja de hacer; María es condenada por su diferencia; Pascuala marginada porque sólo sabe dar hijas a este mundo; Marcela espera, siempre espera; Casilda se abre al aguacero de su hombre sin resistencias; Larisa, de llorar tanto, inunda el pueblo. Hay en estos relatos un dolor femenino que viene desde el cuerpo y desde la comunión con la naturaleza. Tal vez por la poesía con la que viven estas mujeres es que la vida es algo llevadera. Leo algunas frases que subrayé en estos primeros relatos:

“La ventana seguía platicando con el viento”.

“Noviembre entró con neblina susurrando tristezas a los pinos”.

“[...] mientras caminaban de regreso a la casa luchando con el viento que estaba empuñado en arrancar el rebozo a las mujeres”.

“Asomó el sol amarillo y pálido”.

“En el patio, el serrucho de Tereso partía en pedazos el silencio”.

“La madre lloraba como lluvia de agosto”.

“[...] el caserío se envolvió en su cobija de nubes”.

“Doña Lencha limpió a la niña, la vistió, la envolvió como las hojas de maíz envuelven el elotito tierno”.

“Larisa supo que Simón no volvería nunca y la esperanza se le llenó de agujeros”.

El siguiente grupo de relatos es tan extenso como el resto del libro. Se trata de mujeres ciudadanas que abordan el amor y el desamor de diferentes formas. “Nada humano me es ajeno”, pareces decirnos, Aurora, cuando describes desde la situación particular del personaje cuestiones de la vida que pueden ser dramáticas, reprobables, políticamente incorrectas, o bien, justas y comprensibles. Lo haces sin juicio, con empatía serena, con sabiduría. Siempre en tercera persona, describes el comportamiento humano de acuer-

do a las fantasías y los anhelos interiores de sus protagonistas. Me gustó tanto, Aurora, te confieso, identificarme con Amanda, que tiene un racimo de corazones en el pecho, todos ocupados, cada uno para su momento y su lugar. Entregas e infidelidades, pasiones y desencuentros, seducciones y encuentros fortuitos, desilusiones y asignaturas pendientes. Una mujer sin nombre encuentra en un espacio público al amor de su vida por ese instante detenido para después perderlo disperso en la multitud. Sabina intenta suicidarse y recupera la mirada de su marido y de sus hijas al alto costo de su invalidez. Elena se debate entre dos amores y dos posibles padres para su hijo. Rebeca se da el permiso, y yo con ella, de un encuentro feliz, así, sin culpas. Lorenza, pobrecita, construye a su muñeco, lo infla todas las noches y todas las mañanas, y yo entiendo este cuento como una metáfora, como todas esas mujeres que necesitan apuntalar a alguien a su lado para sentir que existen. Ana acompaña a su amiga a abortar: un relato pequeño que inunda el inconsciente; “Siempre hay otra”, decía mi abuelita. Isabel y Magdalena protagonizan la historia tantas veces repetida. La disyuntiva de él entre la pasión y la ternura, qué flojera. Y esa estupidez de soledad, ese poner a prueba el amor verdadero y generoso hasta llevarlo al límite, hasta orillararlo a la indiferencia, hasta perderlo. Y Margarita se deshoja a sí misma cada noche, pero él repite siempre el ritual esperado; no hay relación, sólo hay un círculo vicioso.

Serena ama a su esposo en forma de jarrón hecho con sus cenizas; Úrsula fuma de eso y vuela, vuela para jamás volver; Ulises es deliciosamente secuestrado por Irene, la sirena del bikini anaranjado.

Algunos de tus relatos, Aurora, me recuerdan inevitablemente el realismo mágico de Gabriel García Márquez y el humor negro de Juan José Arreola, sin duda tus maestros; tienen esa dosis de fantasía que nos permite ver la realidad con gracia. Otros son realistas y en ellos noto un tono periodístico no exento de tintes policiacos: algún asesinato, un

suicidio en el metro, la historia que está atrás de la noticia.

Nuestra literatura, Aurora, tú lo sabes, es un trabajo de la propia vida. Me encontré y te encontré tantas veces al inicio, en los recovecos o en el final, sorpresivo o esperado de tus textos. Y porque vienen de tu propio vivir, porque son genuinos en su preocupa-

ción por reflejar lo humano, lo íntimamente humano, son espejo para todos los lectores. Con otros nombres, en un hotel o en un tren, en el campo o en la ciudad, en su casa o en un cuarto de hospital, solos o acompañados, tus lectores leerán estas historias mientras habitan otras que alguien contará más tarde o más temprano. Sólo es cuestión de tiempo.



AURORA VELASCO ACEVES VIDRIO

Nació en Guadalajara. Es maestra en Ciencias de la Comunicación. Estuvo trabajando, con su esposo, durante 35 años, en zonas indígenas y rurales con hombres y con mujeres. Desde hace 30 años vive en Querétaro.

En 2004 se publicó su novela corta *Hasta el año que viene*, basada en su experiencia de trabajo en radios comunitarias de Guatemala, que fue traducida en 2014 por Julie Hempel, directora del Centro de Estudios del Suroeste y México en Austin College, Sherman, Texas, y se publicó en edición bilingüe.

En 2014 se publicó *Doña Lola, una mujer con alas*, biografía novelada de Dolores Elcoro.

En 2016 se publicó *Cuestión de tiempo*, libro de relatos de mujeres.

Es profesora de Español y Literatura, tanto para extranjeros como en la Facultad de Filosofía del Colegio Universitario de la Santa Cruz.

Escribe porque es su forma de expresar lo que ve, siente y sueña.

aurora_v@hotmail.com

Amanda

AURORA VELASCO ACEVES VIDRIO

En el lugar exacto donde la ciencia médica afirma que está el corazón, órgano encargado de bombear sangre al cuerpo y mantenerlo con vida, y los poetas afirman que está el lugar donde se guardan los sueños y el amor, ella tenía un racimo de corazones.

Amanda siempre lo intuyó, pero lo supo de cierto cuando salieron, claritos, en la radiografía que le tomaron.

Entró sonriente y tranquila con el doctor, sabiendo que nada grave podía significar el desvanecimiento que asustó a toda la familia. Y es que esa tarde, precisamente, ella había recibido un correo que le movió muchas emociones, tantas que sufrió un desmayo que preocupó desmedidamente, según sus propias palabras, a hijos y esposo quienes se empeñaron en llevarla al doctor, quien, a su vez, mandó hacer los exámenes que consideró necesarios.

El aparato hizo lo que tenía que hacer, y cuando se entregaron los resultados, no quedó lugar para la duda. Ahí estaban. Parecían globos. De diferentes tamaños y colores. Todo un misterio para la ciencia. Había uno rojo, uno amarillo, uno azul, uno verde, uno anaranjado y uno rosa. Todos latiendo. Todos vivos. Y lo más importante, que no salía en el estudio, pero que ella sabía: todos ocupados.

Los doctores no podían explicarse ese fenómeno. Para Amanda no existía misterio. Siempre lo supo. Por eso no compartía los mismos problemas que sus amigas cuando angustiadas planteaban tener que decidir entre un amor u otro. Ella tenía lugar para todos. En uno, estaba el primer amor, siempre presente; en otro, el amor con quien compartía vida, familia, casa, cuchara, proyecto, hijos; en otro, el del vecino que suspiraba al verla y saludarla cada mañana; en otro, el amor corto y rápido que le dio cariño cuando se sentía tan, tan, sola; en otro, el amigo que de tan amigo era en ratos amor; en otro, la familia, los padres, los primos, los nietos; en otro, los amores clandestinos que aparecían y desaparecían con miradas cómplices. Había lugar para todos.

A veces Amanda sentía claramente cómo un corazón en especial crecía, se expandía y llenaba todo su pecho latiendo con tal fuerza que hacía desaparecer, o casi, a todos los demás. Era cuestión de tiempo. Luego volvía la “normalidad”: cada corazón en su lugar y punto.

No era fácil ser así en un mundo que pedía exclusividad total, así es que, al principio, cuando se dio cuenta de su situación anatómica, trató

de cambiar. De tener ocupado un solo corazón ignorando los demás. Pero no pudo, así es que guardó su situación como un secreto y se dedicó a vivir en plenitud. Si la vida le había dado un racimo de corazones, iba a utilizar cada uno de ellos de la mejor manera.

Por un lado era complicado, por otro era gratificante y enriquecedor.

Un día, Amanda descubrió a alguien igual que ella. Él no lo sabía, pero tenía también un racimo de corazones ocupados. Ella, Amanda, estaba en uno de ellos. Y era lindo. Ella tenía su lugar en el racimo de corazones de él, y él, el suyo en el racimo de ella.

A veces coincidían en tiempos. Los corazones que ocupaban crecían y latían tan

fuerte que borraban a todos los demás. Entonces ambos sentían ganas de correr a los brazos del otro, de abrazarse y mirar la luna. Se sentían tan cercanos que les bastaba cerrar los ojos para sentirse. Y era lindo.

Luego regresaba la calma, la vida cotidiana tan llena de amores, y cada corazón tomaba la dimensión que le correspondía.

No era tan difícil ni tan fácil. Era y punto.

Amanda, por supuesto, se volvió a desmayar varias veces, pero ya no causaba alarma. “Tantos corazones me traen loca”, decía, y todos soltaban la risa porque sí, porque allí estaba, enmarcada, una radiografía a colores con un racimo de corazones confirmando sus palabras.



Ana

AURORA VELASCO ACEVES VIDRIO

I

Me llamó decidida. Quería saber si podía pasar por ella y acompañarla a la clínica porque no quería estar sola.

Le dije que sí.

Fue más rápido de lo que pensé. Salió pálida pero tranquila.

–Gracias, Ana –dijo–, por suerte ya es legal abortar, si no... ¡imagínate!
Yo asentí.

II

Sé que mi madre debería haber tenido, como mi amiga, el derecho de abortar.

No lo tuvo.

Eran otros tiempos.

“Por eso estoy aquí... si no... ¡imagínate!”, me dije, y sonreí mientras manejaba de regreso a casa.

III

¿Cuestión de tiempo?

Rebeca

AURORA VELASCO ACEVES VIDRIO

No sé qué vio él en mí, que volvió la cabeza con insistencia y luego, abiertamente, buscó un contacto.

Yo lo que vi fue una imagen de mí que hacía tiempo no veía, una imagen ya casi olvidada.

Él pasó por alto el mechón de canas que yo había intentado disimular primero y presumir después; las patas de gallo como rayos de sol alrededor de los ojos; las arrugas que dejaron tantas risas y tantas preocupaciones, y me vio, con un discreto aire de conquista.

Seguí el juego: le escondí los ojos para obligarlo a perseguirlos. Dos o tres veces le hice creer que me había atrapado, para luego volver a escabullirme. Cuando empezó a respirar un poco agitado, le sostuve la mirada y él se acercó.

Platicamos un poco. De nada. Sacando la vuelta a temas comprometedores.

Luego, experto en esas artes, quitó de mi frente un pelo inexistente y acarició mi cabeza.

Bajamos juntos. Yo sabía que era cuestión de tiempo...

Caminamos. Puso su brazo sobre mis hombros y así fuimos aco-
plando los pasos y encontrando temas de conversación.

Nos detuvimos a tomar una copa, y nos tomamos también las manos, luego pedimos un cuarto y nos tomamos la noche sin sueño.

Cuando salimos, él seguía viendo en mí ese algo que otros no veían y yo me encontré con mi imagen, la imagen de mujer fácil que tanto trabajo me había costado ocultar.

Cassandra

AURORA VELASCO ACEVES VIDRIO

I

Por fin un día se decidió. Había traído un gusanito dándole vueltas en la cabeza, en el corazón, en el estómago... Y la vida se iba. La única vida con la que contaba. Era cuestión de tiempo, así es que programó la salida. *Cosas del trabajo, dijo, tres días.*

Su esposo, como siempre, la llevó a la central camionera y la despidió con un abrazo. *No me llames, dijo ella, yo te hablo cuando pueda... Voy a estar en reuniones todo el tiempo.* Cuando él salió, ella tomó el autobús hacia Pátzcuaro.

II

Guardó sus cosas en el ropero, se dio un baño con agua caliente. Se cambió, se peinó, se perfumó, respiró hondo y le llamó: *Sí, todo bien. Mañana empezamos. Te llamo en cuanto pueda. Yo también te quiero.* Colgó y se asomó al balcón que daba al parque principal rodeado de árboles inmensos que se mecían con el viento.

Desde allí lo vio llegar. Bajarse del taxi. Entrar al hotel. Lo esperó con la puerta y los brazos abiertos.

III

Después de muchos años, había tomado la decisión de vivir, aunque solo fuera por tres días, esa asignatura pendiente: ese amor que había llegado a destiempo, ese abrazo guardado por años.

IV

Durante tres días los árboles de la plaza se mecieron de un lado a otro, de un lado a otro, sin parar.

V

Estuvo de regreso el día que quedó de regresar. Contenta y confusa. El esposo fue a recogerla, como siempre. Se abrazaron, como siempre. Regresaron juntos al día a día, como siempre.

Lucía

AURORA VELASCO ACEVES VIDRIO

I

Ya era tarde y los hombres no se iban. Seguían en el corredor como si fuera de día, como si hiciera sol y no ese frío endemoniado que llegaba hasta los huesos y esa neblina que convertía a todos, con la cobija hasta las orejas, en fantasmas sin cara.

Lucía lavaba los jarros de café, cuando la vio entrar. No le prestó atención porque llegó sin aspavientos, envuelta en un zarape de lana gris como el que todos usaban. Al terminar de lavar, juntó las brasas aún con vida en el centro del fogón, se echó el rebozo encima, cerró la puerta despacito y se fue, sombra pegada a la pared, hasta el cuarto.

Jacinta dormía con las piernas encogidas. Sus catorce años levantaban la cobija en suave cordillera. Junto a ella María parecía muy chiquita con sus ocho recién cumplidos. Ramón y Gabino dormían en otra cama. Sólo salían de la cobija dos plumeros negros y unos ronquidos suaves, espaciados.

La ventana de madera platicaba con el viento, y en cada suspiro, el aire frío bailaba con los vestidos colgados de un clavo. Lucía se sentó en la cama para quitarse los zapatos. Entonces la vio, justo frente a ella. Supo inmediatamente quién era y se le humedecieron los huesos. Sabía que era cuestión de tiempo.

—¿A quién busca? —preguntó, sabiendo de antemano la respuesta, pues ya le había anunciado su llegada con dos o tres sofocos y una punzada en el lugar del corazón, que la dejaba inconsciente por ratos.

—A ti —le respondió sin emoción.

—¿A mí? —repitió mecánicamente deseando que la puerta se abriera, que los hombres entraran, que los niños brincaran de la cama y entre todos sacaran a rastras a la intrusa.

—Sí, a ti. Tienes seis horas. Te quise avisar por si tienes algo pendiente. Regreso antes que el sol.

Era media noche.

La humedad le llegó a Lucía más adentro de los huesos. Se le llenó la cabeza de goteras. Sin ilación, sin orden, aparecieron los recuerdos en una serie de instantáneas.

II

Se vio con la trenza columpiándose en su espalda cuando corría a la escuela pateando piedras que rodaban más aprisa que ella; recordó sus cuadernos de pastas azules y el lápiz amarillo, siempre amarillo, como eran entonces todos los lápices; se vio en el río tallándose fuerte con el estropajo enjabonado y luego subida en el ciruelo, aventando palitos a los que pasaban sin saber de dónde les llegaba el golpe; se vio muchacha paseando en la feria con el copete muy levantado y echando ojitos aquí y allá; recordó cuando Filemón le habló la primera vez, cómo tenían que esconderse para platicar, cómo la convenció, un día, de irse con él y cómo, esa noche, cuando él empezó a acariciarla, ella sentía que era medio día.

Se vio con Jacinta guardada en un estómago tan grande que apenas cabía en la bañita de cuadros... ¡Cómo se movía!; recordó el miedo que sintió cuando empezaron los dolores, y luego la dicha cuando, en medio de un grito, sacó la muchacha su cabecita peluda; vio a Jacinta dando sus primeros pasos, con el pañal a medio caer; luego vio la cara que puso File cuando nació Ramón, ¡estaba tan contento!; después llegaron Gabino y María...

También recordó el día en que llegó tomado Filemón, la jaló de la trenza, pateó todo lo que encontró a su alrededor, y luego se quedó tirado en el suelo, dormido. Al día siguiente, ella se cortó el pelo. ¿Para qué quería la trenza? ¿Para que se la jalaran?... Recordó con cuántos trabajos empezaron a hacer esa casa donde vivían ahora, con su corredor, sus láminas pintadas de rojo, su pozo, y también cuando compraron las dos borregas que ahora ya eran doce... ¡Todo parecía ir tan bien! ¿Por qué tenía que irse precisamente ahora?

Con un movimiento de Jacinta rechinó la cama y Lucía brincó de los recuerdos... ¡Ya

habían pasado tres horas! Recordó las palabras de la visitante: "Quise avisarte por si tienes algo pendiente..." En su cabeza daban vuelta las palabras: "Pendiente... pendiente..."

Afuera seguía el murmullo... "¿Qué estos hombres no tendrán nada pendiente?" se preguntó antes de que su mente empezara de nuevo a divagar.

La ropa se quedó en remojo, si no la saco se va a oler mal, pero hace frío, mejor dejo puesto el café de la mañana...; las boletas de los muchachos no las fui a entregar, las voy a poner aquí encimita para que no se les olviden...; con Jacinta ya no hablé. Desde cuándo estoy queriendo advertirle que tenga cuidado, que no vaya a meter la pata...; a Filemón quisiera decirle que me voy, ¡lástima que esté tan tomado! Ni caso me va a hacer... Es bueno. Claro que hubo momentos en que hasta pensé dejarlo, pero de que lo quise, lo quise... ¿Qué dirá cuando no me encuentre?... Y María, mi chiquita, con su muñeca sin brazo... ¡Ojalá File se acuerde que le prometí una nueva para Navidad!

Una hebra de aire en los ojos la volvió en sí.

—¿Lista?

—¿Ya?

—Faltan cinco para las seis. Ya viene el sol.

Se llenó de frío, miró a sus hijos durmiendo, se echó el rebozo encima, hizo la señal de la cruz y la siguió resignada.

III

A las seis y media, Filemón, el esposo de Lucía, rotundamente borracho, se dejó caer en la cama junto a ella, como un bulto.

A las ocho, Ramón, el hijo mayor, abrió los ojos. El sol ya alumbraba fuerte. Se levantó

de un salto llamando: “¡Mamá, mamá, levántese que ya es muy tarde!”, y despertó a sus hermanos.

Jacinta se enderezó y comenzó a trenzarse el pelo; María, la chiquita, se quedó acostada quitándose las lagañas con los dedos, y Gabino, con la mano, empezó a buscar sus zapatos de hule debajo de la cama. Filemón sólo echó dos ronquidos largos y se dio la vuelta. Lucía no hizo nada.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de que algo raro pasaba. El café no estaba caliente, ni siquiera el fogón ardía; las macetas no estaban regadas; las jaulas de los pájaros tenían todavía las franelas encima; no se oía la voz de Lucía distribuyendo trabajos como todas las mañanas, mandando a los hijos a traer agua y a sacar las borregas, pidiendo a las hijas que se lavaran la cara rapidito, se dejaran de mirar en el espejo y fueran a ayudarlo; no había quién sirviera el café, prendiera el radio y acompañara la melodía con el aplauso rítmico de la torteada.

IV

Por la noche, el corredor estuvo otra vez lleno. No sólo de hombres, sino de mujeres, muchachos y niños. En el cuarto se recogieron camas y cobijas. En el centro, sobre la cruz que hicieron con cal, se puso la caja de madera, cuatro cirios, algunas macetas con flores.

Filemón, pálido y crudo, miraba la caja con cierto resentimiento; Ramón se emborrachó por primera vez; Gabino miraba las estrellas con ojos encandilados; Jacinta repartía café con lágrimas y María mecía su muñeca sin brazo.

Nadie se dio cuenta de que una mujer muy delgada, con las cuencas de los ojos vacías, tachaba en su libreta el nombre de Lucía y daba vuelta a la hoja antes de marcharse, tan desapercibidamente como llegó.

La ventana seguía platicando con el viento.



Aurora Velasco Aceves en Casa Arreola